

ANDRÉS PRIETO,  
delantero de  
Universidad Católica.



**estadio**



El caso de Dunevicher es más interesante aún, porque, debajo de esos gestos dramáticos, hay un temperamento de futbolista combativo que goza precisamente con el esfuerzo que despliega. Hace tiempo, cuando vestía todavía la camiseta aurinegra de Badminton, nos dijo: "Yo estoy muy contento aquí, en este equipo pequeño, cuya debilidad me obliga a trabajar intensamente. Así entiendo yo el fútbol. Con noventa minutos de esfuerzo desbordante". Y lo decía sinceramente. Para él, ese sufrimiento aparente es el placer verdadero que le brinda el deporte. Sólo que él demuestra así su gusto por el fútbol. Arrugándose, contrayéndose, poniendo

*Distintos temperamentos deportivos reflejados en el rostro de los protagonistas. Mientras Valdebenitez espera la pelota como si su vida entera dependiera de la jugada, Livingstone y Arriagada demuestran una serenidad que contrasta con la actitud del forward wanderino. Hay maneras muy diversas de abordar el deporte, de acuerdo con la propensión natural de cada uno, y es la combinación de todas esas actitudes la que forma el agradable conjunto del espectáculo.*

# CADA UNO A SU MANERA

**H**AY deportistas que pasan por la cancha como si fuera la calle Ahumada a las doce del día. Tranquilos, sonrientes, sin despeinarse ni arrugar el ceño. Da envidia verlos jugar. Todo parece tan fácil cuando lo hacen ellos. Y hay otros, que realizan cada jugada como si estuvieran cumpliendo los trabajos de Hércules. Es doloroso verlos. Fruncidos, agitados, poniendo la última gota de esfuerzo en cada salto y cada golpe.

Y, sin embargo, mirando entre bastidores, uno aprende que la impresión externa es engañosa. Que no siempre los más trabajadores son los que más se agitan y que muchas veces un exterior sereno y sonriente encubre una tenaz eficacia.

Todo esto lo pensamos hace dos semanas viendo jugar a Dunevicher contra los brasileños del América. En la cancha, el rubio entrea la de los españoles es toda una tragedia. Sufre cada vez que entra en juego. Contrae la boca en un rictus doliente. Brotan chispas de angustia de sus ojos. Levanta los brazos, en una muda imprecación al cielo. Cada jugada es una agonía, cada partido un Calvario. Dan ganas de bajar al césped, protegerlo de ese balón de cuero que tanto lo hace sufrir, y ofrecerle un empleo más cómodo.

*Hay deportistas que parecen sufrir en la acción; otros actúan con alegría y serenidad incommovibles.—*

*(Escribe PEPE NAVA.)*

rostro y expresión de tercer acto de "Macbeth".

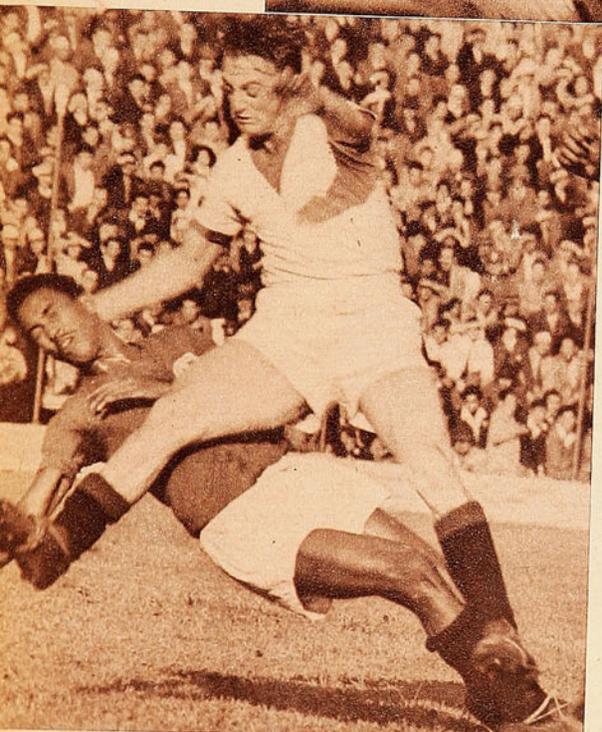
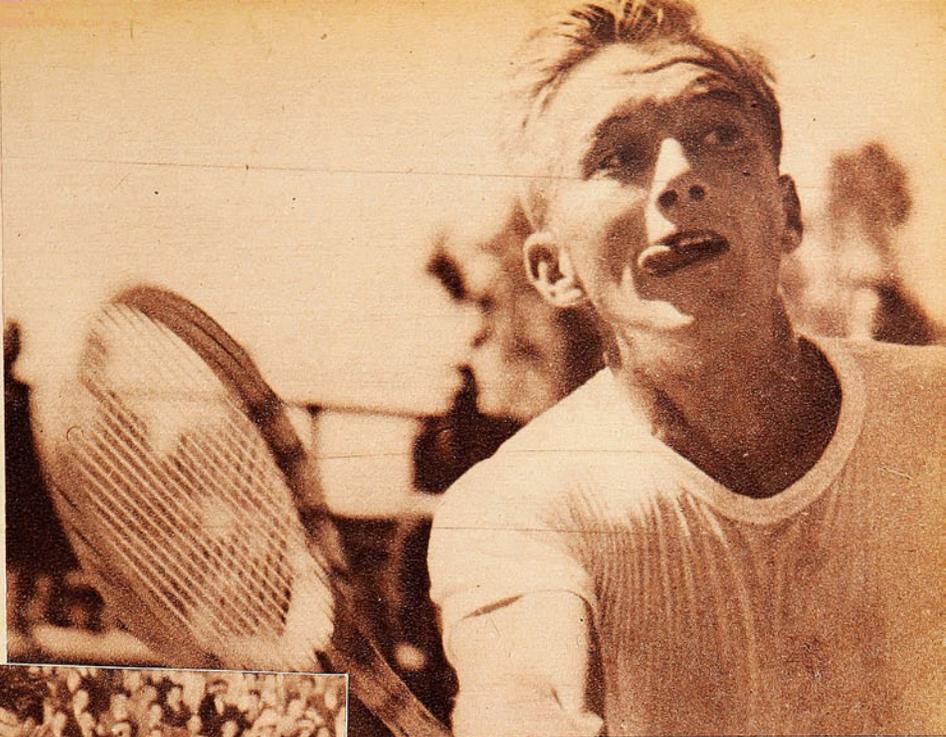
En el fondo, es una cuestión de temperamento. Uno lo ve to-

dos los días, en el deporte y en la vida. Hay seres que hacen su trabajo fría y serenamente. Otros, que dramatizan cada movimiento. Un amigo mío, medio psicoanalista, me decía que la diferencia no está ni en la intensidad de la labor cumplida ni en la eficiencia del individuo, sino en su actitud frente a los demás. "Casi siempre, esos hombres que reflejan en el gesto y el rostro el esfuerzo que están desarrollando, son seres ultrasensibles, que necesitan el aprecio y la admiración de los demás. Por eso, quieren que todos vean lo mucho y lo bien que ellos trabajan. A menudo sucede que han sido niños solitarios, carentes del afecto constante que la infancia requiere y que se han acostumbrado a conseguir, con aspavientos, la atención que les hacía falta".

Yo no soy psicoanalista, y me parece que se ha exagerado demasiado la influencia de Freud en nuestra vida moderna, pero es muy cierto que esos deportistas trágicos obtienen mucho más que los otros el aplauso y el afecto de las multitudes. Zatopek, por ejemplo, fué el ídolo de la última Olimpiada, porque todos se preguntaban cómo

Concentración angustiada y serenidad casi displicente en las expresiones de dos rivales de calidad. Ricardo Balbiers pone en cada jugada la totalidad de sus facultades. Buddy Behrens, con dotes innatas más ricas, puede darse el lujo de jugar al tenis con actitud y alegría de muchacho travieso y despreocupado.

podía seguir corriendo un hombre que tan a las claras expresaba un total agotamiento. Cumplida la segunda o tercera vuelta, el fondista checo empezaba a dar indicios de cansancio. Bámboleaba la cabeza, agitaba los brazos y ponía gesto de dolor. Pero seguía trotando y alejándose de sus adversarios. Era todo un espectáculo. Uno espe-



raba en cada momento verlo caer al suelo, retorciéndose de dolor. Pero él corría y corría. Cada paso parecía el último, pero estaba muy lejos de serlo. En la final de los 3.000 metros, cuando estuvo a punto de alcanzar a Gastón Reiff, después de haberle concedido una ventaja de casi trescientos metros, Zatopek llegó a la meta desordenado y contraído. La imagen misma del esfuerzo. Se tenía la seguridad de que, cruzada la raya final, caería al suelo deshecho. Sin embargo, Zatopek siguió corriendo una vuelta entera. Saltó un foso, hizo gimnasia y se retiró del estadio de Wembley, fresco y con paso firme. No era

## NO SIEMPRE EL QUE SE MUEVE MÁS ES QUIEN MEJOR TRABAJA.

agotamiento lo que su rostro reflejaba, sino el drama íntimo de su temperamento. Pero el público respondió con la mayor ovación de todo el torneo. Zatopek lo había conquistado, no tanto por su capacidad atlética como por lo expresivo de su rostro.

La emoción es la salsa del deporte y no hay emoción más intensa que la del sufrimiento. En esa Olimpiada a que nos estamos refiriendo, hubo dos momentos emotivos culminantes. Esa llegada de Zatopek y la última vuelta que dió a la pista del estadio el belga Etienne Gailly, agotado después de haber corrido 42 kilómetros de la Maratón. Ese sí que no era un sufrimiento fingido. Gailly seguía corriendo, o más bien andando, sostenido únicamente por la voluntad de llegar a la meta. El público respondió empujándolo materialmente con sus gritos de estímulo. Cuando el argentino Delfor Cabrera pasó a Gailly y siguió de largo, sonriente y tranquilo, como si empezara a correr, casi pasó inadvertido. Todos los ojos y todos los gritos eran para su vacilante adversario.

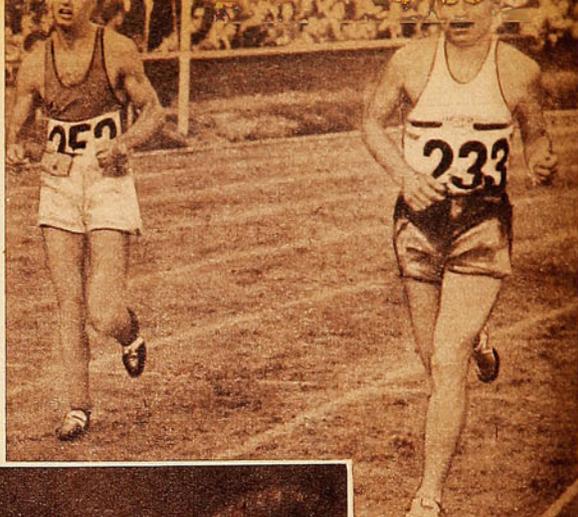
Es que la imparable serenidad de los otros, producto casi siempre de una desbordante confianza en sí mismo, sólo tiene un atractivo verdadero para el entendido, que comprende la maravilla de coordinación y soltura muscular que se oculta tras ella. Para los aficionados de galería es un poco desconcertante ver a esos deportistas que parecen no agitarse. Yo recuerdo, en el sudamericano de atletismo efectuado en 1946, en nuestro Estadio Nacional, el caso de Alberto Labarthe y de José Bento de Assis. Se corrieron las series, y Labarthe venció al gran negro brasileño por algo menos de un metro. Bento de Assis llegó

Pocos futbolistas "sufren" en la cancha como Dunevich. El esfuerzo desesperado que pone en cada intervención, las contracciones de su rostro expresivo, parecen arrancados a un tercer acto de tragedia shakesperiana. Pero esa angustia aparente es la cara externa de un temperamento fogoso, y no quita nada al amor que siente por el fútbol el rubio entreata de la Unión Española.

a la meta sonriente, sereno, con la cabeza vuelta para medir la distancia que lo separaba del chileno que había rendido el máximo. Muchos dijeron: "Bento de Assis se reserva para la final. Si hubiera querido, habría alcanzado a Labarthe. Pero ¿para qué iba a hacerlo, si le bastaba clasificarse finalista? Mañana el resultado va a ser bastante distinto".

Llegó la final y otra vez se impuso Labarthe, más estrechamente esta vez, pero por un margen neto. Y otra vez Bento de Assis cruzó la meta riendo, sin demostrar

La maratón ha sido siempre, desde los tiempos de Grecia, la prueba dramática por excelencia. Uno de los momentos culminantes de la historia del atletismo lo dio aquella famosa llegada de la Maratón de Londres, en 1908, cuando Pietro Dorando cayó desvanecido unos metros antes de la meta. Cuarenta años después, y en la misma capital, estuvo a punto de repetirse el caso. La foto muestra un magnífico contraste de esfuerzo y tranquilidad en las expresiones del belga Etienne Gailly, que ya apenas puede levantar los pies, y el argentino Delfor Cabrera, que llega sonriendo a la meta, después de haber corrido los 42 kilómetros de la prueba máxima.



en su rostro ni en su cuerpo el esfuerzo que había desplegado. El sabía bien lo que podía dar. Rindiendo todo lo posible, no había podido alcanzar a Labarthe. No tenía sentido el arrugarse ni torcerse en gestos dramáticos. Y hubo muchos que, en medio de la natural euforia nacionalista provocada por el triunfo de Labarthe, abandonaron el Estadio con un gusanito de duda royéndoles el alma.

Algo parecido ocurría con Raúl Toro. Sonaba el pitazo inicial y él se colocaba en su puesto, para no moverse más de él. Cuando su equipo retrocedía, Toro daba unos



Hay quienes toman el deporte por lo trágico y ponen en cada incidencia el espíritu todo. Uno de ellos es Hernán Carvallo, el pequeño "bull-dog de la media zaga católica. La foto lo muestra en uno de esos momentos dramáticos que son para él motivo de llanto o euforia. Pero esa inestabilidad emocional de Carvallo no ha restado nada a su eficiencia deportiva.

pasos calmados hacia atrás. Cuando avanzaba, repetía los mismos pasos hacia adelante. Muy pocas veces, a través de un partido, se lanzaba en unos piques breves e incisivos. Generalmente, era la pelota la que iba a buscarlo. Entonces, Toro la recibía con prestanda de gran señor que saluda a las visitas, la dominaba, la acariciaba y la jugaba con exactitud de regla de cálculo. Después volvía a su tranquilidad y a sus pasos tranquilos y escasos. Y no faltaba casi nunca, en tribuna o galería, el fanático que comentara: "Toro es grande, pero podría ser gigantesco. Si él quisiera, si saliera a buscar la pelota, en vez de esperar a que la pelota lo busque. Si pusiera un poco más de empeño"...

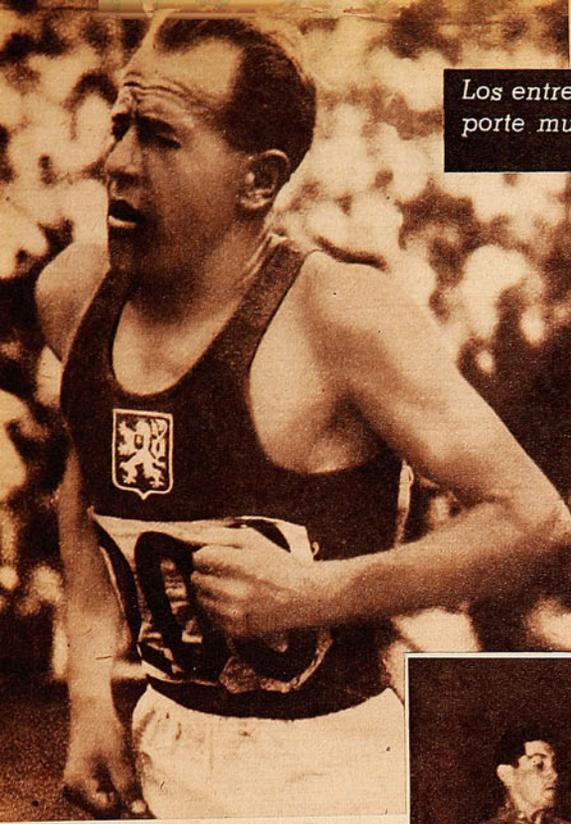
La respuesta precisa no habría sido, quizás, comprendida por aquel fanático. Si Toro hubiera corrido, con esa movilidad que despliega Dunevicher, por ejemplo, no habría sido Toro. Posiblemente reuniendo esta agilidad con aquella ciencia —algu muy problemático, por otra parte— se podría haber formado un jugador extraordinario, un centro forward superior a todos los conocidos. Pero no habría sido Raúl Toro. Toro había nacido así. Con la flema en el alma, con temperamento de gran señor del fútbol. Y lo

que él hacia valía por muchas carreras descontroladas y muchos aspavientos aparatosos.

Esto de las actitudes de los deportistas, durante su actuación, tiene muchos aspectos y ramificaciones, y no siempre es el aparatoso el que más sufre, ni el sereno quien más goza. El boxeo nos dió un ejemplo clásico en el famoso duelo de Gene Tunney y Jack Dempsey. Ahí era Dempsey quien se agitaba y hacía aspavientos. Pero no de dolor, sino de gusto. Dempsey había nacido para el ring. Estaba en su elemento en el ciclón de trompadas que él mismo desencadenaba. Gozaba, a ojos vistas, con el rudo placer de la violencia. Se desprendía de él el instinto demoleedor y el público lo sentía y vibraba con él. Tunney, en cambio, había aprendido todo lo que sabía. Se había formado trabajosamente, estudiando cada golpe y cada gesto. Para no perder el ritmo, tenía

que sumergirse en una concentración casi dolorosa. No expresaba emociones, pero se notaba que le costaba trabajo lo que hacía. Y, como cualquiera concesión al público debilitaba aquella concentración esencial para su éxito, no podía darse el lujo de ser popular.

En tenis se ve mucho ese caso. Deporte tan individual como el boxeo, requiere una concentración de cada segundo. Hay tenistas extraordinarios —como Tilden, por ejemplo— que pueden jugar con la vista puesta en la galería. Pero la mayor parte deben aislarse de toda influencia extraña. Y, para algunos, esa concentración es algo doloroso. Ricardo Balbiers es, entre nosotros, el ejemplo típico. Sus gestos son casi tan dramáticos como aquellos de Dunevicher, origen de esta crónica. Nada le resulta fácil ni natural en la cancha. Y, lógicamente, no es popular. En cambio, Francisco Segura Cano, Buddy Behrens o Alfredo Trullenque, tenistas eminentemente innatos, no requieren esa concentración tan forzada y pueden desplegar la pirotecnia emocional que tanto gusta al aficionado. Claro que, tenísticamente, eso constituye una debilidad y que sólo pueden hacerlo, sin desmedro, los jugadores verdaderamente ex-



**Los entretelones psicológicos del deporte muestran una fascinante variedad.**

Llega agotado, haciendo gestos de dolor parecidos a los de Zatopek en los 10,000 metros. Al aproximarse a la meta, parece que fuera a caer deshecho y que no pudiera ni siquiera alcanzar a cruzar la línea final. Pero llega, gana la etapa, y al día siguiente está fresco y en perfectas condiciones, listo para iniciar la siguiente. En él, ese esfuerzo tremendo no es más que la manifestación externa de un temperamento latino, expansivo y en constante ebullición. Coppi necesita sentirse agotado para dar el máximo. Sentirse, eso sí, pero no estarlo de veras.

En el otro extremo de la balanza está Mal Whitfield, aquel formidable corredor negro norteamericano que conocimos hace dos años en nuestro Estadio Nacional y que posteriormente se clasificó campeón olímpico de los 800 metros. Whitfield es imparable cuando corre, no sólo en lo que se refiere a su rostro, sino también en lo relativo a su cuerpo entero. Tiene una soltura tan completa para desarrollar su prodigiosa velocidad, que no se nota su esfuerzo. Aquí, en una posta de 4 x 400, tomó el bastón unos cien metros detrás de Gustavo Ehlers, en el relevo final. Y todos dijeron, al verlo correr: "Va tan lejos, que no trata de descontar terreno". Pero descontó tanto, que estuvo a punto de alcanzar a Ehlers, y corrió los 400 metros más rápidos que se han visto en Chile. Sólo que no se le notaba. Parecía que flotaba sobre la pista.

El deporte es como la vida. Hay en él payasos, vedettes, actores dramáticos y trabajadores sobrios y callados. Hay quienes sufren y quienes gozan. Algunos reciben aplausos; otros están condenados a la fría hostilidad del públi-

Emil Zatopek fue el atleta más espectacular de la última Olimpiada, no solamente por sus magnificas condiciones de fondista, sino también por lo dramático de su accionar. Desde los primeros tramos de cada carrera parecía agotado y a punto de abandonar, pero seguía incansablemente, y terminaba cada prueba con impresionantes estallidos de velocidad.

cepcionales. Para Trullenque, por ejemplo, esa característica pintoresca significó el estancamiento permanente. Y el propio Segura Cano vino a rendir

Hay en el futbol jugadores que toman con calma las incidencias del juego. Quizás el ejemplo más destacado haya sido Raúl Toro, gran señor del área chica. Entre los actuales, un jugador tranquilo es José López. La foto refleja claramente su serenidad en una jugada muy peligrosa para su arco.

el máximo de sus posibilidades sólo cuando tomó el tenis como un oficio, en vez de como un deporte.

Lo que es Zatopek en atletismo —el actor dramático por excelencia— lo es en ciclismo Fausto Coppi. Es bien sabido lo enormemente superior que es el famoso pedaletero italiano a todos sus adversarios. Desde hace mucho tiempo no ha sufrido una derrota de importancia. En la pista, lo mismo que en el camino. Fausto Coppi es el rey absoluto. Pero es un rey que mantiene su cetro a costa de enormes esfuerzos aparentes. Los que lo han visto, cuentan que, para Coppi, cada término de etapa es una tragedia

co, porque no nacieron con alma de primeros actores. En esa misma diversidad está uno de los atractivos máximos de la gran fiesta del músculo. Y en saber comprenderlos a todos. Segura Cano y Balbiers, Tunney y Dempsey, Duni- vicher y Toro, Zatopek y Bento de Assis, está el mayor mérito del verdadero aficionado. Cada deportista lleva adentro algo que lo distingue de todos los demás. Buscando esa cualidad característica, apreciándola en su valor verdadero y dando al César lo que es del César, es como se llega a amar el deporte por el deporte mismo. No por las circunstancias ocasionales que le producen agrado y malestares al espectador.

PEPE NAVA



**LA MENDOCINA**

Trajes de medida y Colección fina.  
(BOLSILLO CONTRA ROBO, M. R.)  
SAN DIEGO N.º 255 - FONO 66665

